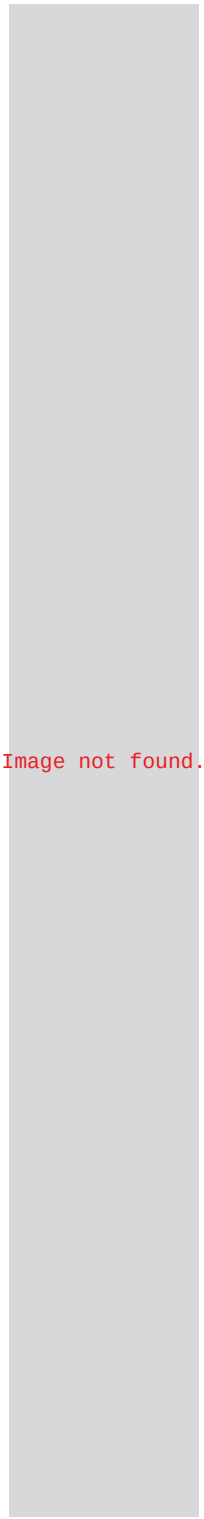
El día que operaron a mi viejo

Pablo Farina Raposo



Capítulo 1

EL DÍA QUE OPERARON A MI VIEJO

-¿Familiar de Antunes?

Cuando escuché mi apellido como a lo lejos, casi como viniendo de un sueño, una milésima antes de cabecear y dar un salto de resorte al grito de "¡YO!", vi como la palabra Antunes se me venía sobre un fondo negro, pequeña e insignificante, hasta tenerla casi frente a mí rostro, con unas letras enormes, como desafiantes. La palabra Antunes, mientras me disipaba el sueño de la cara, se me venía encima, cada vez más grande, con letras pomposas, grotescas, como si se tratara de una marquesina de teatro de alguna calle marginal de la ciudad. Por otra parte, no necesitaba que nadie me recordara una vez más (mucho menos ese día) que yo pertenecía a la insólita estirpe de los Antunes. Los sucesos de mi vida, como salpicados manchones oscuros, se encargaban de recordármelo todos y cada uno de mis días. Ya me era suficiente con ser un Antunes a diario. "Siempre, siempre un Antunes", pensaba. Cada vez que me levanto de la cama soy un Antunes, cada vez que me cepillo los dientes soy un Antunes, cada vez que leo crítica literaria sigo siendo un Antunes, hasta cuando hablo con Sofía soy un Antunes. ¿Será posible –pensé después- algún día quitarme el cuchillo de mi infausto apellido? ¿Por qué hasta cuando no tengo conciencia de que soy un Antunes sigo siendo un Antunes?

Amén de todo esto, la doctora prefirió gritarme Antunes en plena sala de espera frente a unos 10 o 15 desconocidos que ahora pasaban a saber que yo cargaba la pesada cruz de mi apellido. Luego de que me confesara como poseedor ineludible de ese patronímico, que ahora rebotaba por las paredes de toda la sala, la doctora, blanca e impoluta, se acercó a mí y habló con la ligera soberbia de los doctores que platican como parados arriba de un atril dorado:

-Mirá, la operación de tu papá salió muy bien.

-Ahá.

-Le pusimos un parchecito en el ojo para evitar que la zona se ensucie y ya le avisamos que se va a tener que cuidar de hacer fuerza o exigir la vista, porque la intervención, si bien no es grave, sí es delicada. Así que por 10 días nada de fuerza, nada de manejar, de leer, nada que implique fuerza física o esfuerzo en la visión, digamos. Y el viernes de la semana que viene que venga a verme así le hacemos un control para verificar que todo esté bien, ¿sí?

-Perfecto.

-Que siga aplicándose las gotas cada 8 horas y cada 12 se va a tener que poner estas otras gotitas que acá te dejo en la receta, ¿sí?

-Bien, perfecto. Gracias.

Mientras la doctora de apellido Wilmer o Bilder me hablaba yo ya creía ver a mi papá en la silla de ruedas que lo llevó al quirófano, adornado con esa bata verde que diferencia a los sanos de los enfermos, con un parche grotesco y blanco sobre el ojo, transformándolo en una especie de villano de Marvel o DC. Lo "veía" mirando al suelo, esperando salir del quirófano, lo "veía" ansiando su salida inmediata del hospital para tomarse el colectivo que lo devolvería al pueblo en el que, aunque él no lo supiera, y por una serie de casualidades y coincidencias totalmente ajenas a él, le había tocado vivir, haciéndolo parte de una construcción ontológica de la que él mismo y los demás 120 mil habitantes eran partícipes. En pocas palabras, quería volver a ser "Tito" y no un paciente de bata verde. Quería fundirse en esa masa amorfa que es el pueblo, en donde los signos y las costumbres impuestas regalan cierta identidad, o al menos la ilusión de tener cierta identidad. Lo "veía", desproporcionado, subiéndose a ese colectivo metálico, tratando de descifrar, como un mono ante un juego de ingenio, la manera en que se reclinaría el asiento. ¿Miraría mi papá durante el viaje por la ventana? ¿Dormiría unas horas? ¿Qué reflexiones podía tener en ese lapso? Porque, como sabemos, los viajes dan eso: cierta intimidad con uno mismo.

La doctora me sugirió que pase al box en donde se cambian los pacientes antes de ser, según el eufemístico lenguaje médico: "intervenidos". Caminé por el pasillo, todavía un poco dormido, mientras en el trayecto ya olvidaba todas recomendaciones médicas. Cuando llegué al box lo vi a mi viejo sentado en la silla de ruedas, cabizbajo, descalzo, con la bata y el parche en el ojo. Y en ese momento no vi a mi papá, vi a la víctima de algo. Estaba inofensivo, rendido, como un perro mojado. Era, como se suele decir: un pedazo de ser-en-el-mundo. Sentí algo de tibia pena por él (y por mí), esa persona, fofa y sentada, nada tenía que ver con quien me forjara tantas noches de cálculos e insultos desmedidos. Evité mirarlo a los ojos. Lo ayudé a ponerse el pantalón. Tuve que inclinarme y, mientras él apoyaba una mano sobre mi hombro izquierdo, lo ayudé a que ponga sus ásperos pies por la botamanga del jean: primero el izquierdo, luego el derecho. Paso seguido, las zapatillas: primero la izquierda, y, luego de atar los cordones, la derecha.

-¿El reloj te lo dejé a vos?- Me preguntó.

-Sí, sí. Acá está ¿Cómo estuvo?

-Y…hay que estar ahí adentro.

Preferí no saber mucho más. Y mientras lo observaba de arriba a abajo y lo veía como salido de una trinchera, tuve un sincero deseo de sugerirle que no se quite ese parche, que se lo deje, que se lo deje de manera permanente. ¿Por qué no? Que se lo deje puesto a la manera de un símbolo de su identidad. Porque ese parche, y la ominosa apariencia de villano que le prodigaba, hacían que su existencia, pesada y calva, tuviera una mayor coincidencia con el mundo que lo rodeaba.